

Buscando vivir en la ciudad: trayectorias de inmigrantes franceses en los siglos XVII y XVIII¹

José Antonio Salas Auséns

Revista de Demografía Histórica, XXI, I, 2003, segunda época, pp. 141-165

Resumen

Las centurias de la modernidad en España fueron testigos de un constante flujo de franceses que se instalaron de forma transitoria en unos casos, permanentemente en muchos otros, en el país de acogida. El mundo urbano, de expectativas más variadas, atraía a buena parte de estos inmigrantes que llegados en situaciones muy diversas —favorecidos por la existencia de redes familiares o locales, pero también fuera de red— se empeñaban en la búsqueda de la fortuna. El reto, en un medio diferente, a veces hostil, raras veces concluía en el éxito. Las trayectorias vitales de distintos inmigrantes desde el momento en que abandonan su tierra hasta su matrimonio en España y distintas pero ilustrativas peripecias personales ponen de manifiesto los esfuerzos y dificultades por asegurar la supervivencia y mejorar su situación.

Abstract

During the centuries of Early Modernity there was a steady flow of French people into Spain. They settled down temporarily in some cases and permanently in others, but all of them were hard-headed searching for fortune. They arrived in very different circumstances: some within kinship and local networks, some out of them, and aimed at urban settings as far as they were looked as more

1 El texto, presentado en su versión preliminar en el VI Congreso de la ADEH, celebrado en Castelo Branco, en una sesión paralela sobre “El mundo urbano en la península ibérica durante la Edad Moderna: cambios y continuidades”, organizada por David S. Reher, se ha realizado gracias a los proyectos “Poder público, áreas de mercado y recursos en el Nordeste español (siglos XVII y XVIII)”, financiado por la DGICYT, Proyecto PB97-1024 y “La acción de los poderes públicos y el desarrollo del mercado en Aragón (SS. XVII-XVIII)”, financiado por la Diputación General de Aragón.

favorable for prospering. Nevertheless their aims were scarcely successful. A case study of several biographies, since their inception in France to their marriage in Spain, point out that their pursuit of survival and, when possible, improvement, were hard and difficult very often.

Résumé

Les centurios de la modernité en Espagne furent témoins du flux permanent de Français qui s'installèrent, provisoirement dans certains cas et définitivement dans d'autres, dans le pays d'accueil. Le monde urbain, ouvrant des horizons des plus variés, attirait une bonne partie de ces immigrants qui, arrivés dans des conditions totalement différentes —parfois favorisés par l'existence de réseaux familiaux ou locaux, mais aussi hors-réseau— tentaient fortune. Le défi, dans un milieu différent, parfois hostile était rarement couronné de succès. Les lignes de vie de divers immigrants, à compter de leur départ du pays jusqu'à leur mariage en Espagne, de même que diverses et intéressantes péripéties personnelles, mettent en évidence tous ces efforts pour assurer leur survie et améliorer leur situation.

Palabras Clave: Edad Moderna, mundo urbano, migraciones, historia social, inmigración francesa, inserción social

España resultaba en las centurias de la modernidad un territorio sumamente atractivo para numerosos inmigrantes, sobre todo franceses, que acudían en busca de fortuna y ésta es una idea unánimemente aceptada por la familia de historiadores. En una decisión difícil, favorecida por una realidad adversa en su tierra natal, fueron muchas las personas que cruzaron los Pirineos hacia el sur en busca de su Eldorado particular, de su tierra de Jauja. España, sus campos, sus ciudades resultaban en la imaginación de los emigrantes una fuente de oportunidades para atesorar, no sin dificultades, un capital que les permitiría una mejora de su condición en el momento del retorno a su pueblo natal.

Son múltiples las voces que en momentos distintos y desde ópticas diferentes han pretendido explicar diversas cuestiones que giran en torno a esa corriente migratoria: los móviles de sus protagonistas, su éxito en el logro de sus objetivos o la actitud de los hispanos ante los recién llegados. En la época, se refieren al caso muchas personas: desde tratadistas político-económicos de la propia Francia que hacen una valoración del fenómeno migratorio, hasta testigos presenciales del mismo, visitantes ocasionales que plasman sus impresiones en cuadernos de viaje, pero también hispanos que, preocupados por la situación del país en un momento determinado,

buscan soluciones, algunas de ellas con especial incidencia sobre la colonia extranjera.

En el tiempo presente hemos sido algunos historiadores quienes, atraídos por el fenómeno, hemos indagado en el tema, intentando desentrañar distintos aspectos relacionados con el mismo: características personales de los inmigrantes, lugares de procedencia, móviles de su decisión, destino, ocupación, proceso de integración, el rechazo, el retorno, etc., y las visiones que por unos y otros observadores, en unos y otros momentos, se han ido desgranando son variadas.

Economistas políticos franceses como Bodin en la segunda mitad del XVI o Montchrestien ya a comienzos del siglo siguiente se hicieron eco del flujo migratorio de gente de su país hacia España. El primero lo ponía en estrecha relación con la buena estima que tenían entre los hispanos los trabajadores franceses por su laboriosidad y jovialidad en todo tipo de tareas (J. Bodin 1579, Libro V, p. 571). El mercantilista Montchrestien, que no veía con buenos ojos la emigración de sus paisanos, se sorprendía de que hiciera tanto tiempo que sus compatriotas, en gran número, se dirigieran a España para trabajar las tierras de otros y *“realizar todos los trabajos manuales y servicios precisos en que el español, por su pereza y pesadez, no podía ni quería trabajar”* (A. de Montchrestien, 1889, p. 316).

A la hora de explicar los móviles, los viajeros galos, que reflejaban los recuerdos de su paso por España en un libro de memorias, solían presentar al país como una tierra de oportunidades, facilitadas por el escaso apego de los españoles al trabajo, lo que dejaba campo libre a sus compatriotas. Bartolomé Joly en su viaje por España a principios del siglo XVII decía haber oído que en Cataluña *“había una tercera parte más de franceses que de naturales, que casi todos viven sin hacer nada”*. Ello explicaría sus estimaciones sobre la colonia francesa en distintas localidades: en Figueras *“todos los artesanos de allí son franceses, en la ciudad de Valencia “mas de quince mil franceses”, en Zaragoza donde “insultan mucho menos que los otros a los franceses..., residen en número de diez o doce mil”* (J. García Mercadal, 1959, pp. 57, 47, 79 y 83). A su entender, las razones que explicarían la presencia de tantos franceses en España estarían en la presión demográfica en la vecina Francia —*“no poder contenerse todos en su lugar natural y menos ser en él empleados útilmente”*— y, también, en las oportunidades que se les abrían en España en todo tipo de trabajos, tanto urbanos —actividades artesanales o servicio doméstico—, como rurales —

agricultura o pastoreo—, siempre haciendo hincapié, en la estela de Montchrestien, en la pereza de los hispanos. Sobre su presencia, fuerza en el mercado de trabajo y actividades, otro viajero, Brunel, escribía en 1657: *“cuentan que en la villa de Madrid hay más de cuarenta mil franceses que bajo un traje español y diciéndose borgoñones, valones o loreneses, hacen allí florecer el comercio y la manufactura”* (J. García Mercadal, 1959, p. 427), haciéndoles en gran medida protagonistas del auge de tales actividades. Juan Herauld, viajero en el año 1669, insistía por su parte en el reiterado argumento del poco apego al esfuerzo entre los hispanos para explicar la fuerte presencia gala: *“No me costó trabajo descubrir la extremada pereza ... de estos pueblos”*. Los que trabajaban eran los franceses, que según estimaba eran doscientos mil repartidos por toda España, *“de ellos lo menos veinte mil sólo en la villa de Madrid”* (J. García Mercadal, 1959, 738). A fines del XVII, el marques de Villars, conocedor mucho más directo de la situación, fruto de una estancia más larga y de unas mejores posibilidades para obtener informaciones fidedignas dada su condición de embajador, hacía un análisis más complejo y, aunque aludía al lugar común de la pereza, añadía otras variables como la pobreza de los que dirigían sus pasos hacia España y la escasez de mano de obra en este territorio: *“Hay más de setenta mil franceses que sacan dinero de España. Es una cantidad de necesitados repartidos por todas las provincias para cultivar la tierra, segar los trigos, llevar el agua, hacer ladrillos y tejas, la cal, el carbón y todo lo que los españoles por pereza o por falta de gente no pueden o no quieren hacer»* (J. García Mercadal, 1959, p. 881). Juan Bautista Labat en sus memorias del viaje realizado entre 1705 y 1706 insistía en *“la vanidad de los españoles, seguros como están de encontrar el pan y la sopa a la puerta de los conventos, que les gusta más pasar su vida en las incomodidades de una miseria vergonzante antes que trabajar para librarse de ella”* y añadía *“de este modo España está llena de toda clase de extranjeros que trabajan para los españoles y que se llevan lo mejor de sus rentas”*. Estimaba en más de 20.000 los franceses ubicados en Andalucía y respecto a sus ocupaciones decía: *“llevan el agua a las casas, venden por las calles carbón, aceite y vinagre, que sirven en las hospederías, labran las tierras, hacen las recolecciones y trabajan en las viñas”*. Cada tres años retornaban a su país con sus ahorros, 300 o 400 pesos fuertes y concluía con una referencia a los éxitos económicos de sus compatriotas emigrantes: *“Se conoce un gran número de esos vendedores de carbón que, después de algunos años, han estado en situación de volver a España con una*

carga de perfumería y otras menudas mercerías y que son ahora de los más grandes comerciantes del reino” (J. García Mercadal, 1962, p. 140). De forma más o menos explícita y con matices diferenciales todos estos viajeros están concediendo un gran protagonismo a la presencia de inmigrantes franceses en distintos ámbitos de la actividad económica, protagonismo alcanzado merced a la pereza hispana.

Similar impresión en torno al protagonismo galo en el mercado laboral sugieren distintas voces de dentro de España, fundamentalmente las salidas de quienes se consideran agraviados, por lo que consideran competencia desleal francesa: artesanos y comerciantes a los que se sumaban, haciéndose eco de sus problemas, arbitristas y demás economistas políticos. Para todos ellos, no estaría la vagancia hispana en la raíz de la masiva afluencia gala. Su interpretación sobre la presencia de franceses era en términos generales muy negativa. Las quejas, reiteradas en multitud de testimonios, se reproducen constantes a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

Sumamente expresivo de la impresión que produce la presencia de franceses en España es un memorial anónimo remitido a las Cortes del reino de Aragón, escrito por *“un zeloso y apasionado de la mayor utilidad y beneficio del Reyno”* que, preocupado por su despoblación, encuentra como único medio para poblarlo y enriquecerlo *“la privación total del comercio con los franceses que ay en él y no permitir que entren otros”*, estableciendo una relación directa entre presencia de franceses y escasez de aragoneses: *“a donde más franceses habitan, allí es donde ay menos gente natural”*. A continuación va desarrollando en su extenso alegato los males provocados por esos franceses: mercaderes que controlan los intercambios en Zaragoza, donde no son mas que representantes de compañías de Olorón, Bayona o Burdeos; pastores a quienes tilda de ladrones que se enriquecen a costa de los ganados de sus amos a quienes roban; molineros, que muelen la peor harina cometiendo fraude; los vendimiadores, todos ellos emigrantes golondrina casados en Francia que se llevan de Aragón el dinero con que pagar sus tributos a su monarca. Pero a su entender, *“en lo que consiste el mayor daño es en averse apoderado los franceses de todo el trato y comercio y en este empleo, aunque mal permitido de los aragoneses, logran su fortuna y en averla conseguido se buelven a enriquecer y aumentar su patria de gente, viniendo otros a substituir por los que se van ... y todos ellos se emplean en introducir tegidos fabricados en Francia”*. De forma implícita el memorialista está denunciando la

causa de la “vagancia” hispana: la imposibilidad de los artesanos autóctonos de vender sus productos, controlado como estaba el tráfico mercantil del reino por mercaderes franceses que se surtían de manufacturas galas que colocaban en el mercado en este caso aragonés².

En una línea parecida, la Junta Particular de Comercio de Valencia a la Real Junta General de Comercio y Moneda elevaba un memorial al Consejo de Castilla en abril de 1773, en el que, entre otras cosas, se quejaba del comportamiento de los mercaderes franceses a quienes acusaba de comerciar de manera exclusiva con manufacturas de su país, en detrimento de los artesanos locales³. Y testimonios similares se encuentran en diferentes escritos de juntas de comercio locales en los que se lamentan de la competencia desleal de sus rivales franceses y en el daño que de la misma se derivaba para las manufacturas hispanas.

En suma, que unos y otros insisten, como denominador común en la imagen del inmigrante francés que con su actividad empobrece al país u, a cuyos naturales consideran mayoritariamente responsables de ese empobrecimiento a causa de su pereza. Ello en parte ha sido trasladado a algunos autores actuales y ejemplificado en los estudios de A. Poitrineau (1985) o R. Duroux (1992), que pintan una inmigración triunfante, la de los que vuelven. Unos y otros, los del pasado y los del presente, sin duda no inventan nada. Los viajeros reflejan lo que ven, aunque en ocasiones matizado por una serie de ideas tópicas seguramente tenidas ya antes de su recorrido por el país. Y lo que ven, aquello en lo que insisten, es la fuerte presencia gala en algunos sectores, su capacidad de ahorro y el retorno a su patria con los capitales atesorados.

Eran asimismo fundadas las impresiones de los artesanos y comerciantes hispanos: los franceses dominan de forma creciente la esfera comercial en amplias zonas hispanas a lo largo de los siglos XVII y XVIII y ello en modo alguno podía ser beneficioso para la clase mercantil o para el artesanado hispanos, claramente perjudicados por la estrategia de las compañías comerciales galas, para las que España era un territorio del que sacar materias primas para su industria—sobre todo lanas— y donde colocar productos manufacturados de su

2 Archivo de la Diputación de Zaragoza, ms 580, Registro del brazo de caballeros e hijosdalgo del reino de Aragón, 1684-87, ff. 2.339-2.358, memorial impreso, 40 pp, 17-8-1685

3 Archivo Histórico Nacional, Sección de Estado, leg. 629-3, ff. 4-19.

país. Y también es cierto lo de los “triunfadores”, los “indianos” franceses, los “españoles” de Auvernia, denominación con que, según nos recuerda Poitrineau, se llamaba a los auvernios retornados ricos después de una estancia más o menos prolongada en España; o correcta la visión que nos traza Duroux sobre las sucesivas generaciones de cantalienses, para muchos de los cuales, perfectamente organizados en durareras y sólidas redes migratorias, un periodo casi obligado en su trayectoria vital era el que pasaban en la Península Ibérica, preferentemente en Castilla, atesorando recursos con los que incrementar el peculio familiar, la casa, a la que, concluido el ciclo hispano, retornarían para pasar el resto de sus días. Esta visión no puede decirse que sea errónea, pero desde luego no es completa. La inmigración francesa, nacida de la necesidad, tiene sin duda otra cara menos amable para lo que yo pienso son la mayoría de los inmigrantes.

La realidad era más compleja, no sólo limitada a la figura del inmigrante, cuya capacidad de trabajo y superioridad profesional sobre los nativos le permitirían enriquecerse rápidamente por su habilidad para aprovechar las posibilidades que se abrían en terreno hispano a una persona emprendedora y activa. Está también la otra parte del fenómeno, la del inmigrante que llega con sus ilusiones, desde luego, con su deseo de hacer fortuna, pero que en el mejor de los casos no dispone de otros recursos o argumentos para hacer su sueño realidad que sus manos y un gran deseo de alcanzar la meta propuesta. Es por ello por lo que, por lo general carente de especialización, no rechaza ninguna de las labores que se le propone: aguador, pastor, criado, jornalero. Cualquier actividad es buena y en algunas de ellas las posibilidades de encontrar ocupación resultan mayores.

En las listas, en los distintos vecindarios en que se les incluye o que se elaboran exclusivamente con sus nombres y profesiones, aparecen desempeñando todo tipo de actividades de diversa consideración en la escala social. Los encontramos precedidos de un siempre significativo “don”; los encontramos como libreros, joyeros, pintores o escultores, músicos, profesores de lenguas, esgrima o danza; los encontramos ejerciendo las más variadas actividades artesanales, tejedores, sederos, sastres, zapateros, sombrereros, pelaires, etc., en unos casos como oficiales en otros como maestros; los encontramos al frente de alguna de los proyectos industriales oficiales —en las fábricas reales de la España ilustrada—; pero también y muy numerosos los hallamos en el servicio doméstico, como criados al servicio de algún noble, mozos de posada, aguadores, caldereros, o simples jornaleros de los que van

a la plaza pública cada mañana a ofrecer sus servicios a cualquiera que pueda precisarlos (J. A. Salas, 1990). Son estos últimos precisamente, casi anónimos, apenas rescatados del pasado por una simple mención en un censo, en un registro hospitalario o en un registro parroquial, los que constituyen la otra cara de la inmigración y, a mi entender, precisamente la más voluminosa. Los escasos detalles de estas fuentes nos sitúan desde luego no ante inmigrantes que hayan conseguido su objetivo, apropiarse del botín de Eldorado. La imagen de inmigrantes que llevan 15, 20 30 años en España y cuya actividad es la de aguador, la de criado, la de oficial de una panadería amolador, jornalero, ... no parece la de un ganador, la de un hombre cuyas expectativas en el difícil trance de romper las ataduras físicas, con su familia, con su lugar, con su patria se hayan visto colmadas por la fortuna.

Pequeños retazos biográficos de las trayectorias vitales de muchos de estos personajes obtenidos de dos centenares de expedientes matrimoniales sacados al azar de entre los miles conservados en el archivo diocesano de Zaragoza como anticipo de una investigación sistemática; noticias extraídas de algunos procesos civiles en los que se vieron involucrados franceses y también de fuentes catastrales de la capital aragonesa, todo ello apoyo documental del presente trabajo, nos permiten aproximarnos o cuando menos intuir esta otra realidad de la inmigración.

Hay coincidencia plena a la hora de explicar la causa del proceso migratorio galo hacia España: el estado de necesidad de la población de los lugares de origen, las escasas expectativas para aquellos que van entrando en edad de acceder al mercado laboral y que no tienen las ataduras de la familia, así como el atractivo de unos salarios más elevados, de oportunidades para despejar un futuro sombrío. Es esa la razón que en estas centurias movería a unos jóvenes ya iniciados en el trabajo a cruzar los Pirineos, continuando una tradición secular. El cuadro n.º 1 resume la edad de partida de sus localidades de origen confesada por los propios franceses en los expedientes de matrimonio a que me he referido más arriba. La idea de juventud de la inmigración se mantiene e incluso refuerza. Rebajando en casi 5 años lo que con E. Jarque (E. Jarque y J. A. Salas, 1991) habíamos podido observar en trabajos previos, donde ya avisábamos de esta posibilidad al contar tan sólo con la fecha de llegada del inmigrante a una localidad concreta hispana, pero sin saber si venía o no directamente de su localidad natal, nos encontramos con que la edad media en el momento de marchar de sus pueblos es de unos 17 años. Pero las medias esconden realidades muy diversas tal como se refleja en el cuadro n.º 1:

CUADRO 1
Edad de partida de franceses emigrados a la diócesis zaragozana
(siglos XVII-XVIII)

<i>Edad (años)</i>	<i>nº de casos</i>
No mencionada	19
6-10	18
11-15	57
16-20	61
21-25	34
26-30	11
Más de 30	—
Total muestra	200

Son muchos los emigrantes que abandonan sus pueblos con destino a Zaragoza siendo todavía niños: en 1699 Bernardo Casabona, de 8 años, salía de Abos en el obispado de Lescar; el mismo año y con la misma edad y destino lo hacía desde Olorón Pedro Bordonaba; un año antes había marchado desde su Bussi natal Juan del Castillo con 9 años; en 1743 era Pedro Pérez de 10 años, quien partía de Veniac, en la diócesis de Lescar; Santiago Fornie, de 11 años, lo hacía en 1747 desde su Chebron natal y su destino en este caso Martos (Jaén). Esos niños, en el mejor de los casos, hacían el viaje guiados por personas mayores que en ocasiones organizaban expediciones, pactando las condiciones del viaje con los padres de los emigrantes, comprometiéndose a cambio de una cantidad previamente estipulada a mantenerles y cuidarles durante el trayecto y procurarles un trabajo en un lugar determinado (A. Poitrineau, 1985, p. 40-44). De los testimonios aducidos en “nuestros” expedientes matrimoniales, tan sólo uno alude al viaje, el de Juan Laborda Zamalvide, que partió a los 11 o 12 años de edad, “...de la que bien no se acuerda, salió de su lugar —Charri, en Navarra la Baja—, en compañía de su tío Pedro Zamalvide y fueron en drechura a la villa de Lécera, donde estuvo de 6 a 7 años y de allí a Retascón donde haze está dos meses ...”

Llegados a su destino, si tenían esa suerte, se instalaban en casa de algún pariente: José Lostau lo hacía en casa de su hermano Juan, labrador; Pedro Bordonaba en la de de su primo Juan Tudela; Antonio Oliver en la de su tío el tinturero Pedro Oliver; Pascual Cabero en la

de su tío el labrador Jaques Castel; Pedro Mansos, cirujano llegado a los 22 años se alojó en el domicilio de su tío Francisco Claverán, mercader.

A falta de familiares, algunos de estos niños o jóvenes recién llegados a la capital aragonesa tenían la momentánea fortuna de encontrar acogida en casa de algún compatriota de su misma localidad, caso de Juan de Meret, quien en su expediente testimoniaba cómo, emigrado a Zaragoza a los 16 años se instaló en casa del tapicero Bernardo Serra, nacido en su mismo pueblo, Daresgalone. Una posada podía ser asimismo la estancia provisional hasta encontrar un trabajo y techo más fijo y esa fue la situación de Domingo Larrosa que con 15 años y procedente de Zara, en el obispado de Bayona llegó a Zaragoza, permaneciendo 3 o 4 días en una posada de la calle San Pablo.

En otros casos los recién venidos se alojaban directamente en la casa en la que iban a prestar sus servicios, bien como criados, bien como aprendices en el domicilio y taller de un maestro artesano, lo que determinaría en muchos casos su actividad posterior. Sirvan los siguientes como ejemplos de una casuística muy variada: Juan de Lamota, llegó a los 22 años a Zaragoza y se instaló como criado en casa del marqués de Camporreal; Juan del Castillo, con 9 años, entró en casa de D. Gregorio Reillo; Francisco de Robres, que a los 11 se puso a servir y aprender el oficio de sombrerero, en casa de Sebastián S. Martín; Antonio Villa, a los 18 años lacayo, había entrado unos 5 años antes al servicio del ciudadano de Zaragoza D. Martín Esmir; Juan Billalet, que desde los 15 años, edad a la que se presentó en la capital aragonesa, estuvo trabajando durante 6 años en la tejería de su compatriota Bernardo Rodrigo, o Beltrán Arnet que, llegado a Zaragoza con 11 años, se instaló en casa de Diego Arizón, maestro carpintero a cuyo servicio estuvo 11 años y medio antes de establecerse por su cuenta a los 23 años, entonces ya como maestro carpintero. No creo, a la vista de todos estos datos, que podamos pensar en objetivos fijos en el momento de partir de Francia: todo quedaba a la ventura y los caminos del futuro múltiples. Trabajar sí, pero no parece que por lo general en uno predeterminado, sino en cualquiera que se presentara, aprender un oficio, pastorear ganados, el servicio doméstico, criado en una posada.

Una vez asentados en la ciudad e iniciada su actividad laboral, de nuevo se aprecia una gran variedad de situaciones. En primer lugar encontramos inmigrantes estables que permanecen con el mismo

patrono durante mucho tiempo, prácticamente hasta su matrimonio. Serían algunos de ellos los casos anteriormente citados de Beltrán Arnet o Antonio Oliver, que llegado a casa de su tío el tinturero Pedro Oliver, permaneció con él desde los 10 hasta los 34 años en que, ya maestro tinturero como su pariente, contrajo matrimonio con una viuda llamada Francisca Usia; o el del hornero Pascual Cabero, que tras permanecer dos o tres semanas a su llegada a Zaragoza con los 12 o 13 años de edad en casa de un tío labrador, Jaques Castel, se colocó en el horno de Ramón Gallardía, donde permaneció los 8 años siguientes hasta poco antes de su boda con Juana de Madalena.

En segundo lugar aparece otro grupo de inmigrantes que, desempeñando siempre la misma actividad, cambia con relativa frecuencia de domicilio, pero siempre en la misma ciudad y, a lo más, sus cercanías. Sirvan de ejemplo los casos de Juan de Arbios, pastor de 20 años con 4 años de estancia en Zaragoza, que en ese tiempo siempre como pastor, había estado 11 meses al servicio de José Sancho, 5 meses al de Antonio Gracián, otros 5 al de la propia ciudad, poco más de un año al de Espinosa, 6 meses al de Bartolomé de Luesia, vecino del cercano lugar de San Mateo de Gállego, y 8 meses al de don Vicente Francés; o la trayectoria de Jerónimo La Garrida, empleado como hornero a su llegada a Zaragoza con 22-23 años de edad en casa de Manuel Conti. Allí permaneció 18 meses; estuvo luego 1 año en casa de otro hornero llamado Sebastián Cornelio; a continuación se colocó en el horno de Francisco del Más, con quien trabajó 2 años, y finalmente, hasta su matrimonio a los 28 años, en el horno de su compatriota Francisco Pibau. Y una carrera parecida fue la de José Bic, cardero de 24 años, llegado a la capital aragonesa con 10 años de edad y domiciliado en la casa de un maestro cardero, también de origen francés, Bernardo Abadía, que ya había aprendido el oficio en la capital aragonesa en donde entró con 16 años. De casa de Abadía, donde prolongó su estancia 10 años, Bic pasó a la de Marieta, permaneciendo otros 2, y finalmente a la de otro cardero francés, Pedro de Oye, en la que continuaba en la fecha de su matrimonio

Un tercer tipo de trayectoria es la de aquellos inmigrantes que van trabajando por distintas localidades, con periplos en ocasiones muy amplios. Sirvan de ejemplos los casos de Bernardo Lostal, fabricante de cuerdas de Vihuela, de 30 años, que salió de su pueblo con 15 años y se instaló en Zaragoza, donde permaneció 13 años durante los cuales aprendió su oficio, para seguidamente trasladarse a Madrid con una estancia de 2 años en la parroquia de San Justo, antes de retor-

nar a Zaragoza en fechas próximas a su matrimonio; el de Juan de la Cacer, pastor de 41 años, emigrado a los 18, que en su periplo laboral durante ese tiempo conoció muchos amos: se inició en la capital aragonesa con D. Jerónimo Tornamira a quien sirvió 1 año, y luego sucesivamente trabajó para Antonio del Corral —5 años—, D. Pedro de Odón —4 años—, a la localidad de La Muela (Zaragoza) —1 año—, para Soler, vecino de Monzalbarba (Zaragoza), —1 año—, y para un propietario de Muel (Zaragoza) —1 año—; después, durante 10 años residió en la villa de Paniza, donde trabajó para Cosme Díaz, de Paniza (Zaragoza), —3 años—, Miguel Floría —1 año—, para la propia villa —1 año—, de nuevo para Floría —1 año—, para Pedro Matón —3 años—, y para la Virgen del Aguila —1 año—, y acabado este ciclo se trasladó a la vecina Cariñena (Zaragoza) a guardar el ganado de Nicolás Maicas, en cuya casa llevaba trabajando 9 meses antes de iniciar los tramites para su boda. Un recorrido mucho más amplio fue el del albañil Domingo Larrosa llegado a los 15 años a Zaragoza: tras permanecer apenas 3 o 4 días en una posada de la populosa calle de San Pablo, pasó a trabajar 3 meses para Marco el cantero; marchó después a Teruel donde estuvo un año y medio; desde allí se dirigió a Valencia, permaneciendo 1 año; su siguiente destino fue Castellón de la Plana, ciudad en la que prolongó su estancia casi tres años; más corta fue su presencia en las dos siguientes localidades por las que pasó, San Mateo de Gállego (Zaragoza), —8 meses— y Catín, en la diócesis de Valencia —4 meses—; Morella (Castellón), durante 13 meses, fue su penúltimo lugar de residencia antes de casarse con una mujer de Monroyo (Teruel), a donde se había trasladado hacia 1 año. Y también amplia la trayectoria de Juan Echeverri, guarda de a caballo de la administración general de las reales rentas de Aragón, de 43 años de edad en las fechas de sus esponsales, emigrado desde Navarra la Baja a los 18; en esos años pasó por Pamplona —4 años—, Madrid —2 y medio—, Mallorca —16 meses—, de nuevo Madrid —3 meses—, Zaragoza —10 años—, Sevilla —2 años—, Madrid —2 años—, Zaragoza —2 años—.

Un cuarto tipo de trayectoria es la de aquellos inmigrantes que junto al cambio de domicilio y, en ocasiones, de localidad, van a la vez desempeñando trabajos diferentes. Seguramente los casos en que esto ocurrió son más frecuentes de lo que explicitan las fuentes que, si minuciosas al reproducir los movimientos de los aspirantes al matrimonio, no siempre informan de su actividad. Así y todo hay trayectorias reseñables como la de Juan de Augás, labrador a los 32 años, pero

que desde su llegada a los 16 también había trabajado como tejero y leñador; y, sobre todo, la de Diego Barrilla, que a los 12 años entró a servir como pastor en casa del arcediano de Belchite, cuyo ganado guardó 4 años en el monte de Figueruelas; durante los 11 años siguientes cambió varias veces de dueño, pero siempre trabajando como pastor, pero a los 27 comenzó a trabajar para un sastre de Grisén, Pedro Puybedan, en cuya casa permaneció 2 años; de Grisén pasó a Zaragoza, a casa del maestro sastre Bernardo Lostal para quien trabajó otros 2 años, retornando a continuación a Grisén —3 años más—, antes de establecerse por su cuenta como sastre en Figueruelas, donde llevaba residiendo 2 años en el momento de iniciar los trámites para su casamiento con una doncella de la localidad.

Contrariamente a lo que indican muchos de los viajeros en sus memorias sobre los regulares retornos de los inmigrantes a sus lugares de origen, los expedientes matrimoniales nos sugieren más bien que el regreso, al menos entre quienes con su matrimonio parecían indicar su intención de asentarse definitivamente en la tierra de acogida, no era usual. De los 127 expedientes matrimoniales de franceses que estaban viviendo en Zaragoza en el momento de iniciarlos, tan sólo en 15 casos se reconoce haber vuelto a su tierra natal, interrumpiendo momentáneamente su estancia en España. Esas retornos parecen ser por lo general de corta duración, algunos en las fechas inmediatamente anteriores al inicio del expediente matrimonial con un objetivo concreto, recoger la documentación que se les requería. Este sería el caso de Juan Penes, de 30 años y de ellos 10 en Zaragoza, que vuelve a su pueblo natal, Bidos, dos meses antes de iniciar los trámites para su matrimonio con una mujer de la misma localidad, también emigrada a Aragón; el de Pedro de Casas Puio, de 25 años, llegado 12 años antes a Zaragoza, donde había permanecido ininterrumpidamente hasta el verano anterior a su boda, en que retornó a su pueblo natal, Caseras, en busca de su fe de bautismo; y similar motivo daba el hornero Juan Hausatic, de 38 años, con 12 de estancia en Aragón y otros tantos domicilios y patrones, al referirse a un viaje de un mes a su Solom natal. En otros casos no se especifica el móvil del retorno, pero sí su duración: cinco semanas la estancia de Jaques Sarrabera, un mes las de Diego Andrés, Pedro Ferrua, Juan Faure y José Lostau, este último a tomar los baños, 3 semanas Juan Lacaba, 15 días Juan Augas. Un poco más prolongadas fueron las ausencias de Bernardo Blasi y de Pedro Estrén, ambas de 4 meses, pero en el caso de este último, el viaje se había producido en el primer año de su estancia en

Zaragoza en la que ya residía hacia una década. Dos casos diferentes fueron el del hornero de 28 años Juan de Meret, natural de Daresgalone, en el obispado de Lescar, de donde salió a los 16 años. Tras diez años de permanencia ininterrumpida en Zaragoza trabajando en diversos hornos de pan, enfermó y volvió a su pueblo donde vivió un año entero antes de volver a la capital aragonesa a reemprender su trabajo; y el de Andrés Pena, un emigrante maduro que no salió de su Grecian natal hacia Zaragoza hasta los 27 años. Cuatro años después volvió a su pueblo donde estuvo 3 años más antes de retornar a España a contraer matrimonio con una viuda zaragozana. Tan sólo aparece un caso de dos regresos al lugar de nacimiento el de Francisco de Buenamar de 25 años, quien en 1690, a los 14 años de edad había emigrado a Zaragoza, de donde se ausentó un mes en su primer año de estancia antes de su matrimonio y otro en el último, 1701. En suma, unos escasos testimonios que en ningún caso sugieren el mantenimiento de lazos físicos muy estrechos con sus lugares de origen.

Más consonancia encontramos entre nuestra documentación y lo que se ha venido manteniendo en lo tocante al mercado matrimonial de estos emigrantes, la edad a la que contraen esponsales o el estado civil previo de sus esposas, según unánime opinión de los especialistas más elevada aquella, con frecuencia viudas éstas. En 115 casos de edad conocida en el expediente matrimonial, la media de los inmigrantes a Zaragoza es de 31 años y su desglose el que se indica en el cuadro n.º 2.

CUADRO 2

Edad de los inmigrantes al iniciar su expediente matrimonial

<i>Edad (años)</i>	<i>nº de casos</i>
Hasta 20 años	4
21-25	25
26-30	47
31-35	21
36-40	8
41-45	9
Más de 45	2

Estos inmigrantes se casan con chicas bastante más jóvenes. Conocida la edad d éstas en 62 casos, la media resultante es ligera-

mente superior a los 23 años, un poco más elevada que la media general de la parroquia de San Pablo —22'8— en la primera mitad del XVII (C. Ansón, 1977, p. 115), siendo la más joven de 14 años, la mayor de 33. Su distribución es la que refleja el cuadro n.º 3.

CUADRO 3*Edad de las futuras esposas de los inmigrantes*

<i>Edad (años)</i>	<i>nº de casos</i>
Hasta 15	1
16-20	20
21-25	23
26-30	14
más de 30	4

Los casos en que aparece la edad de ambos aspirantes al matrimonio son 58 y en éstos la media de los varones —29 años— es ligeramente inferior a la resultante como media global de los inmigrantes —31—, con lo que la diferencia media conocida de edad entre varones inmigrantes y hembras es de 6 años. En todo caso esa cifra es muy superior a la estimada para el conjunto de los varones de la populosa parroquia de San Pablo de Zaragoza —25,7 años— (C. Ansón, 1977, p. 115). Como en otras estimaciones, esta diferencia media de 6 años esconde grandes oscilaciones, desde los 21 años de diferencia a favor del varón hasta los 9 de la mujer. En 12 de los 53 casos es mayor ésta, en 3 los futuros esposos tienen la misma edad y en el resto es mayor el varón. En todo caso, se cumpliría también en nuestro estudio la tesis de una edad al matrimonio más tardía entre los inmigrantes, evidencia de una mayor dificultad para acceder al mercado matrimonial.

En lo relativo al origen de las futuras esposas de los inmigrantes galos, se extrae de los expedientes manejados una impresión relativamente distinta a lo que se había observado en otros ámbitos. Comparados los datos con los de Barbastro, tal como aparecen en el cuadro n.º 4 (J. A. Salas, 1981, p. 255) se aprecia una notable diferencia en lo tocante al matrimonio con mujeres de la localidad de destino, un 35% en el caso de Zaragoza, frente a un 60% en el de Barbastro, pero ello no necesariamente debe ser interpretado en clave de un rechazo superior al inmigrante francés en la capital aragonesa o de mayores dificultades para acceder al mercado matrimonial, ya que no se tienen en

cuenta otras variables como el mayor peso porcentual de inmigrantes en Zaragoza con respecto a núcleos mucho más modestos como era la pequeña ciudad barbastrense.

CUADRO 4

Origen de las futuras esposas de los inmigrantes franceses

<i>Exped. matrimoniales de Zaragoza</i>			<i>Barbastro (1540-1700)</i>		
<i>Procedencia</i>	<i>Casos</i>	<i>%</i>	<i>Procedencia</i>	<i>Casos</i>	<i>%</i>
Zaragoza	32	35	Barbastro	277	60
Resto Aragón	45	48	Resto Aragón	144	31
Resto España	6	7	Resto España	-	-
Francia	9	10	Francia	42	9

En un contexto de abrumador predominio de inmigración masculina, las pocas mujeres francesas casan con compatriotas. El número más bajo es indicador en este caso de su escasa presencia, lo mismo que las débiles cifras de mujeres procedentes de otros territorios españoles. En el mercado matrimonial, como era de esperar, abundan las viudas: sobre 123 casos conocidos: 85 franceses lo hacen con solteras y 38 con viudas, porcentaje mucho ligeramente superior al conocido para otras localidades —29 % en Barbastro para el periodo 1641-1700 (J. A. Salas, 1981, p. 197)—.

Pero los números no permiten ver los matices que traslucen las trayectorias individuales reflejadas en los distintos expedientes. Así encontramos permisos para la celebración de matrimonios entre contrayentes muy jóvenes, ante el riesgo más o menos explícito de que el “pretendiente” francés se escapara. Este sería el caso de Pedro Mansos, cirujano de 22 años recién llegado de su pueblo natal, Pordias, que estaba trabajando en casa del maestro cirujano Francisco Valles, en donde también servía como criada la que había de ser su esposa, Teresa Peralta, que poco antes de la boda se trasladó, posiblemente embarazada, a casa de su hermana Gertrudis. En este momento, sin atender a la práctica habitual de extremar las precauciones de cara a evitar una hipotética bigamia, la decisión sobre su expediente fue la de dispensarles de los trámites que faltaran, casarles y mandar al párroco de San Pablo que incluyera sus nombres en los “Quinque libri”.

Semejante razón pero en este caso explicitada con toda claridad en la fuente documental fue la licencia dada a Ramón de Estiñes, joven trasmudador de 23 años, para casarse con Teresa Beuro, de Villar de

los Navarros (Teruel), a quien sus padres habían llevado a Zaragoza con 3 años de edad. De la pareja se decía: «*el dr. Domec dió relación los conocía y que eran hombres de bien y combenía al servicio de Dios y que corría riesgo porque se temía fuga y estaba preñada de 7 meses*»⁴.

Hallamos también con cierta frecuencia, compromisos matrimoniales entre personas que trabajan en la misma casa. Es lo que ocurre al cordonero Antonio Costie, de Lorda, que con dos años de estancia en Zaragoza y 26 de edad casa con Magdalena de Campos, de Boltaña (Huesca), seguramente bastante mayor que él —hacia 18 años que había quedado viuda en su pueblo natal, tras lo cual se traslado a Zaragoza a servir en distintas casas, coincidiendo en la última de ellas, la de D. Jerónimo Torrijos, durante los dos últimos años—. Un caso similar fue el de Esteban Comas, criado de 30 años, que emigrado hacía 12 había servido sucesivamente a distintas personas en la Seo de Urgel, Lérida y Zaragoza y que coincidió en la casa del barón de Purroy poco más de un año antes de iniciar los trámites de su matrimonio con la que iba a ser su esposa, Isabel Juana Perales, 10 años más joven. Parecida situación se había producido en las relaciones entre Jerónimo La Garrida, de Zaberni, obispado de Aux, con 28 años y 6 de estancia en Zaragoza, que coincidió en casa de su compatriota el maestro hornero Francisco Pibau con Tomasa de Otto, de Robres (Huesca), 2 años más joven que él; o entre Francisco Camín, albañil de 22 años, que trabajaba para José Andina, en cuya casa servía como criada hacía 8 años Martina Alegre de 24 años, natural de Embún (Jaca); o el de Blas Lacosta, casado a los 35 años con una doncella 15 años más joven que él, Isabel Vela, a la que conoció cuando trabajaba como serrador en casa de Domingo Bernad, a cuyo servicio había entrado 9 meses antes la que acabaría por ser su esposa. También en la misma casa servían Juan Casa, de 36 años y con 16 de estancia en la capital aragonesa, y María Julen, viuda hacía 8 años, ambos franceses y criados del conde de Guara. Toda este serie de ejemplos sugieren que, junto a las viudas, eran las empleadas en el servicio doméstico las que mejor aceptaban las propuestas matrimoniales de los inmigrantes franceses.

El trasfondo de las trayectorias vitales y del mercado matrimonial nos sitúa desde luego ante un panorama que parece quedar bastante

4 Archivo Diocesano de Zaragoza, Expedientes matrimoniales, leg. 9, 20-X-1699

alejado del cliché del emigrante triunfador, impresión que también se extrae del examen de las actividades laborales desempeñadas por los aspirantes al matrimonio, reflejadas en el cuadro n.º 5.

Son sólo 104 los casos de inmigrantes de quienes tenemos por el momento datos sobre oficio, pero resulta muy significativo que al menos 84 estén trabajando por cuenta de otro y desde luego en actividades por lo general poco especializadas. ¿Dónde quedaba Eldorado? Sólo en sueños y seguramente ni eso. Salvo para aquellos que se fueran abriendo camino en el mundo de los negocios, el objetivo inmediato tras varios años de emigración, como en el momento de su llegada a España, era seguir viviendo, apurar las posibilidades de mejora con un golpe de suerte como podía ser abrir un pequeño negocio y, mientras estuvieran solteros, contraer un matrimonio afortunado, pero como hemos visto, esto tampoco era lo normal, los mirlos blancos escaseaban.

Escaseaban, pero existían lo que permitió a algunos inmigrantes, cuya estancia en España estaba resultando particularmente penosa, dar un giro radical a su fortuna. Es el caso sacado del anonimato de Bartolomé Puente, francés de Maltras, en Comminges, emigrado a Zaragoza hacia 1778, y empleado como lacayo en casa del conde de Sástago, durante tres o cuatro años, hasta que, enfermo, hubo de dejar su trabajo e ingresar en el hospital de Nuestra Señora de Gracia. El 13 de octubre de 1785 Puente firmaba capitulaciones matrimoniales con Juana Vidal, tendera de Zaragoza que poco tiempo antes había quedado viuda de otro francés, Francisco Artiga, con quien habían puesto su pequeño negocio en la casa en que vivían situada en la calle de Puerta Quemada del populoso barrio de San Pablo. La vivienda, relativamente amplia en el contexto de una ciudad que seguía incrementando sus efectivos aherrojada en el interior de sus murallas, contaba con un patio transformado en botiga y trastienda y en el piso superior una cocina con una alcoba y otros tres cuartos. Según la capitulación, Puente aportaba al matrimonio *“119 libras en dinero efectivo, un reloj y hebillas de plata con mas las ropas y bestidos de su uso y llevar, en diferentes créditos a su favor, 4 doblones de a 8 poco más o menos, su persona y bienes que de presente tiene y que adquirirá”*. Juana, por su parte, aportaba la mitad de los bienes muebles que quedaron a la muerte de su marido, deducido de la parte de éste el costo de las exequias fúnebres. Y estos bienes muebles especificados en un prolijo inventario que incluía minuciosamente todo el mobiliario de la casa, menaje de cocina, vajilla, animales de corral, productos de la tienda —vinagre, queso, azafrán, avellanas, azúcar, chocolate, pimien-

CUADRO 5

Actividades de los inmigrantes franceses a partir de los expedientes matrimoniales
(Zaragoza ss. XII-XVIII)

Oficio	cuenta propia	cuenta ajena	indeterminado
Albañil, empleado		1	
Albeitar y Herrador	1		
Amolador	1		
Ayudante de Cámara		1	
Cantero			1
Cardero,		1	
Carpintero, maestro	1		
Cirujano,		2	
Cocinero,		3	
Cochero,		2	
Cordonero,		1	
Criado		4	
Criado y mancebo hornero		1	
Dallador, empleado			
Fabricante de cuerdas de Vihuela	1		
Guarda de a caballo (milicia)			
Hornero,		21	
Hornero, maestro	1		
Jardinero,		1	
Jornalero,		2	
Labrador,	1	8	
Lacayo,		1	
Lechero,		2	
Mercader	1*	2	
Molinero			1
Negociante			
Palero,		1	
Panadero			1
Pastor		1	
Pelaide,		2	
Pelaide, maestro	1		
Peluquero			
Pintor, maestro**	1		
Quinquillaire			
Sargento		4	
Sastre,		4	
Sastre, maestro	1		
Serrador		1	
Sirviente		5	
Soldado		4	
Sombrerero,		1	
Tejero		6	
Tendero***	3		
Tinturero, maestro ****	1		
Trabajador,		1	
Trajinero	1		
Trasmudador		1	
Vidriero			1
Vinatero	1		
Zapatero de obra prima	1		
Totales	16	84	4

*(9 años para otro, 6 en Barcelona y 6 en Z y se casa con la hija de un Doctor.

** (antes sirvió de lacayo)

*** (dos de ellos antes criados)

**** (antes aprende con su tío maestro también en Zaragoza)

ta, clavo, judías secas, arroz, abadejo, ajos, agujas de coser, escobas, pañuelos, capazos.

Sin duda, el valor de lo llevado por uno y otro al matrimonio era muy desigual y a Puente se le abrió una oportunidad que supo aprovechar, tal como se deduce de las existencias de la tienda un año después, cuando a instancia del padre y hermanos del difunto Artigas se ordenó inmovilizar todos los bienes del matrimonio, hasta que se resolviera el pleito interpuesto por éstos que reclamaban la herencia de su familiar. La denuncia del abogado de los Artigas y los testimonios de algunos de sus testigos traslucen con toda claridad la situación de Puente antes de su matrimonio: el abogado esgrimía en su petición que Puente *“se allava sirviendo de lacayo, con los cortos emolumentos de este destino; que sufrió dos enfermedades y por ello constituido en la mayor miseria en que permaneció hasta que contrajo matrimonio...”* y alguno de sus testigos afirmó que, *“siendo lacayo, contrajo sucesivamente dos enfermedades prolijas que le dejaron en la mayor miseria hasta el punto de que para casarse su mujer le tuvo que equipar con las vestidos y ropas de su difunto primer marido”*⁵.

El esfuerzo personal también podía llevar a una posición relativamente holgada. Encontramos en el catastro evidencias de que alguno de los inmigrantes que habían iniciado su actividad en Zaragoza como empleado por cuenta ajena, caso del hornero Pedro Berges, llegado en 1735 a Zaragoza desde Borderas a los 14 años. Con 33 años contrajo matrimonio con Antonia Deusi y 30 años después figuraba en el catastro como propietario de 2 viñas, una de ellas con olivos, y de un campo, bienes rústicos por los que debía pagar 134 reales de plata anuales⁶.

Los inmigrantes podían buscar atajos al margen de la ley en la búsqueda de una mejor posición para el logro de sus objetivos. Ese fue el camino intentado por Juan Sarto, francés nacido en Acos, en el valle de Aspe, en torno a 1652 y emigrado a Zaragoza en torno a los 8 años. En 1684 el procurador fiscal del rey presentaba una denuncia en la que le acusaba de haberse querido hacer pasar por aragonés, falsificando para ello distintos documentos tanto de la universidad zaragozana como de

5 Las referencias a la trayectoria de Bartolomé Puente sacadas del Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, Pleitos Civiles, caja 379, Demanda de Beltrán Artiga Labrador, natural y residente en Mastras de Ribera de Osesio en Comenge, Francia (2 piezas, la 2 apelación del mismo)

6 Archivo Histórico del Ayuntamiento de Zaragoza. Caja 8072,

los libros parroquiales de una pequeña localidad de la diócesis de Jaca. Los documentos examinados por distintos peritos no dejaban lugar a dudas. En las matrículas de artes del Estudio General zaragozano correspondientes a los años 1680-82, aparecían alteraciones en lo escrito en torno al lugar de nacimiento de Sarto. Según el testimonio de los peritos, las letras estaban “*alteradas y enmendadas con tinta diferente...*”. El intento de Sarto había ido más allá, llegando incluso a falsificar o hacer falsificar alguno de los *Quinque libri* de la aldea de Arró, de la diócesis de Jaca, donde, también con distintas letra y tinta, siempre según los peritos, en los registros parroquiales, se incluyeron los nombres de sus padres. ¿Cuál podía ser el móvil que se escondiera tras aquellas falsificaciones? Nada dice el proceso, pero no parece descabellado pensar que tuviera relación, tanto con las cortapisas que se pusieron a la presencia y libre actividad de los franceses en territorio aragonés, como con la anulación en las Cortes aragonesas celebradas en 1677-78 de un fuero por el que se prohibía que los hijos y nietos de franceses, aunque hubieran nacido en Aragón, ocuparan cualquier puesto en las oficios ciudadanos o en la administración. La derogación de la norma sin duda abría expectativas antes cerradas a los descendientes de los inmigrantes franceses, pero ello no incluía quienes estuvieran en la situación de Sarto. Tal vez esa fuera la razón por la que el denunciado, según, el mercader francés Juan de Mombiela, uno de los testigos del proceso, que siempre le había tenido por compatriota suyo, hubiera comenzado a decir cinco años antes de iniciarse el proceso era natural de Arro, queriendo a toda costa pasar por aragonés⁷.

En ocasiones nada era bastante para asegurar el ascenso o la mera supervivencia y entonces el inmigrante podía sentirse constreñido a actuar en el filo e incluso sobrepasar los límites de la ley. Es ese el comportamiento que deja traslucir el proceso incoado en abril de 1730 a instancias de la ciudad de Zaragoza contra Juan Alemán, ocupado en vender pernils y otras piezas de cerdo importadas desde su Francia natal, de la que había salido hacía más de 40 años, que era el tiempo que llevaba instalado en Zaragoza, aunque, precisamente por su actividad, con viajes regulares a su país. Según el testimonio del representante de la ciudad, el regidor Gonzalo Pérez de Nueros, a quien correspondía ese mes de abril el control de los abastos de la ciu-

7 Los datos relativos a Juan Sarto extraídos de Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, Pleitos civiles antiguos, 495, 1684, El procurador Fiscal de Su Magestad contra D. Juan Sarto, Juan Sarto y David Sarto

dad y sus precios, se denunciaba a los tribunales que “*Juan Alemán, de nación francés y corsario, como havitante en esta ciudad de muchos años, tratando en compras y ventas de tocino, de pernils y tempanos y que de este género ha vendido y vende muchos sin precio, como también, el que ha vendido y vende grandes porciones de papadas de las que, como también de pernils tiene oculto gran porción, y que para esta manipulación se ha valido y vale de traer los albaranes a nombre de vecinos de Zaragoza y en ella haver comprado muchas cargas de pernils a arrieros franceses y venderlos sin precio; pues que él se mantiene lo más del año en esta Ziudad con seis u ocho cargas de pernils y el precio de éstos le sirve para la venta de las demás, que compra a dichos arrieros, escusándose el registro y visita y estrechando este abasto al pueblo*”. Según consta en la propia denuncia, no era la primera vez que se advertía a Alemán de sus irregularidades, pero ello no habría sido suficiente para que modificara su actitud. Al contrario, Alemán habría continuando persistiendo en sus prácticas fraudulentas, poniendo en marcha un complejo dispositivo, en el que necesariamente tenía que contar con una red de complicidades para eludir los controles de entrada de la ciudad. La tapadera de sus ventas ilegales era su pequeño despacho de tocino abastecido con unas pocas compras regulares de mercancía. Las complicidades comenzaban por los particulares que permitían que sus nombres figuraran en los albaranes precisos para el tránsito de la mercancía. Llegados a las afueras de Zaragoza, nuevas complicidades, ahora cuartos clandestinos en los que ocultar la mercancía ilegal, a la espera del momento oportuno para introducirla en la ciudad, lo que se hacía aprovechando la noche. Una vez en la ciudad, eran precisas más ayudas. En este caso, la mercancía denunciada había sido escondida en un cuarto situado en la planta baja de la casa la viuda de un tal Lanquilla, que quedaba exculpada del asunto por el propio Alemán, quien siempre insistió en que desconocía el hecho. Habrían sido dos criados suyos los que le habrían facilitado el escondite. El último eslabón de las complicidades eran, por supuesto los clientes, interesados en comprar un producto que podían obtener a mejor precio, y entre ellos los había de todas categorías: soldados, oficiales artesanos, pero también oficiales del ejército, maestros artesanos, miembros del cabildo de la Seo e incluso el propio arzobispo. Tal y como se reconoció en el proceso, en el caso concreto de la mercancía ocupada en esta ocasión a Alemán, su destinatario tendría que haber sido el gremio de plateros que precisaba de 60 pernils para principios del mes de febrero “*para unos exámenes y regalo de los nombrados*”. Una vez introducidos los pernils en Zaragoza, el trato se

rompió y Alemán quedó en una situación complicada, al verse en la necesidad de colocar en su mercado fraudulento un volumen imprevisto de una mercancía delicada y perecedera. Buscando una salida, entabló contactos con un canónigo racionero de la Seo, pero éstos se vieron interrumpidos al destaparse el asunto. El tiempo pasado entre los intentos frustrados de venta y el propio proceso, periodo durante el cual pernils y papadas permanecieron depositados en canastas cubiertas y en sacos cerrados, escondidos en cuartos carentes de ventilación, originó el deterioro de la mercancía: “*los más de los pernils olían muy mal y algunos de ellos con gusanos y mal parados*”. El proceso vino a arruinar cualquier posible salida pues llevó aparejada la consiguiente incautación de bienes de un producto perecedero que estaba siendo guardado en una condiciones pésimas y que acabó por ser inservible. El perjuicio económico de Alemán fue total: decomiso de la mercancía, una fuerte multa —10 escudos de plata— y el pago de las costas, advirtiéndole que en caso de reincidencia el castigo sería mucho más grave⁸.

La casuística podría alargarse hasta sumar tantas situaciones como trayectorias individuales. A buen seguro que se encontrarían historias de índole muy variada, pero en la mayoría de ellas hallaríamos como denominador común la difícil vida de unas personas que habían tenido que abandonar su lugar de nacimiento con la ilusión de despejar su futuro, emprendiendo un camino que en la mayoría de los casos nunca llegaría a colmar las aspiraciones iniciales.

Bibliografía

- D. ALCOUFFE, 1966, “Contribution à la connaissance des emigrés français de Madrid au XVIIIe. siècle”, en *Mélanges de la Casa de Velazquez*, t. II, p. 183.
- C. ANSON, 1977, *Demografía y sociedad urbana en la Zaragoza del siglo XVII*, Zaragoza.
- E. BALANCY, 1990, “Les français et l’Inquisition de Barcelone (1552-1692)”, en *Les Français en Espagne à l’époque moderne (XVIe.-XVIIIe. Siècles)*, Pâris, pp. 45-65.

⁸ Las peripecias de Juan Alemán extraídas de Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, Pleitos civiles antiguos, 495, 1684, El procurador Fiscal de Su Magestad contra D. Juan Sarto, Juan Sarto y David Sarto

- J. BODIN, 1579, *Les six livres de la república*, Lyon.
- J. CORONA TEJADA, 1980, "La inmigración francesa en las ciudades de Jaen y Ubeda en la segunda mitad del siglo XVIII".
- Ch. DESPLAT, 1992, *Pau et le Bearn au XVIIIe. siècle*", 2 vols., J. y D. Editions, Biarritz.
- A. DOMINGUEZ ORTIZ, *Los extranjeros en la vida española durante el siglo XVII*, Madrid, 1961.
- L. DUMERGUE, 1990, "Les français à Séville en 1791", en VV. AA., *Les Français en Espagne à l'époque moderne (XVIe-XVIIIe siècles)*, París, pp. 229-240.
- R. DUROUX, 1992, *Les auvergnats de Castille. Renaissance et mort d'une migration au XIXe siècle*, Clermont Ferrand.
- J. FAYARD y C. LARQUIE, 1968, "Hôtels madrilenos et demographie urbaine au XVIIe. siècle" *Melanges de la Casa de Velázquez*, IV, pp. 229-258.
- A. GARCIA BAQUERO y P. COLLADO, 1990, "Les Français a Cadix au XVIIIe siècle", en VV. AA., *Les Français en Espagne á l'époque moderne (XVIe.-XVIIIe. siècles)*, París, pp. 173-196.
- J. GARCIA MERCADAL, 1952, 1959, 1962, *Viajes de extranjeros por España Portugal, ss. XVI-XVIII*, 3 vols., Madrid, 1952, 1959 y 1962.
- E. JARQUE y J. A. SALAS AUSENS, 1991, "Extranjeros en España en la segunda del siglo XVIII", en *Actas del Coloquio Internacional Carlos III y su siglo*, Madrid.
- E. JARQUE y J. A. SALAS AUSENS, 1997, "El último exilio de la Edad Moderna. La expulsión de franceses al final de la guerra de Independencia", en A. MESTRE y E. GIMENEZ, eds., *Disidencias y exilios en la España Moderna*, Actas de la IV Reunión científica de la Asociación de Historia Moderna, Alicante, pp. 783-800.
- Ch. LANGE, 1993, *La inmigración francesa en Aragón (Siglo XVI y primera mitad del XVII)*, Zaragoza.
- C. LARQUIE, 1966, "Etude demographique madrilene: la paroisse de S. Ginés de 1650 à 1700", *Melanges de la casa de Velazquez*. T. II, pp. 225-257.
- C. LARQUIE, 1990, "Les Français à Madrid au XVII siècle", en *Les Français en Espagne à l'époque moderne (XVIe.-XVIIIe. Siècles)*, Pâris, pp 84-109.
- G. LEMEUNIER, 1993, "Les migrations à courte et moyenne distance dans les provinces de Murcie et d'Albacete, 1500-1900. Rapport provisoire", en *Migraciones internas y medium-distance en Europa, 1500-1900*, Actas de la I Conferencia Europea de la Comisión Internacional de Demografía Histórica, Santiago de Compostela, vol II, pp. 247-254.
- A. de MONTCHRESTIEN, 1889, *Traicté de l'oeconomie politique*, con introducción y notas de Th. Funk-Brenteno, París.
- J. NADAL y E. GIRALT, 1960, *La population catalane de 1553 à 1717. L'immigration française et les autres facteurs de son développement*, Paris.
- D. OZANAM, 1968, "La colonie française de Cadix au XVIII siècle", en *Melanges de la casa de Velazquez*, T. IV, pp. 260-348.

- D. OZANAM, 1990, "Le recensement des étrangers en 1791: une source pour l'histoire des colonies étrangers en Espagne", en VV. AA., *Les Français en Espagne à l'époque moderne (XVIe-XVIIIe siècles)*, Paris, pp. 215-228.
- J. PERREL, 1963, "L'emigration bas-limousine en Espagne aux XVIIe et XVIIIe siècles", en *Actes du 88e. congrès national des sociétés savantes de Clermont-Fd.*
- J. PERREL, 1964, "Les Limousins en Espagne aux XVIe, XVIIe et XVIIIe siècles: les émigrants", en *Bulletin de la société des lettres, sciences et arts de la Corèze*, Tomo LXVIII.
- A. POITRINEAU, 1976, "La inmigración francesa en el reino de Valencia (siglos XVI-XIX)", *Moneda y Crédito*, 137.
- A. POITRINEAU, 1985, *Les espagnols de l'Auvergne et du Limousin du XVIIème au XIXème siècle*, Aurillac.
- P. PONSOT, 1979, "Les Français à Cordoue en 1791-1793", en *Mélanges de la casa de Velázquez*, XV, pp. 503-507.
- J. A. SALAS AUSENS, 1985-86, "La inmigración francesa en Aragón en la Edad Moderna", en *Estudios del Departamento de Historia Moderna*, Zaragoza, pp. 51-77.
- J. A. SALAS AUSENS, 1988, "Movimientos migratorios en la España de la Edad Moderna", en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, VI-2, pp. 29-53.
- J. A. SALAS AUSENS, 1990, "Les Français en Espagne dans la deuxième moitié du XVIIIe siècle" en *Les Français en Espagne à l'époque moderne (XVIe-XVIIIe siècles)*, Paris, pp. 173-196.
- J. A. SALAS AUSENS, 1992-93, "Franceses en el corregimiento de Barbastro en la segunda mitad del siglo XVIII", en *Somontano*, 3, Barbastro, pp. 41-64.